

# Gente Menuda

PERIODICO INFANTIL

SE PUBLICA LOS DOMINGOS

NÚMERO SUELTO, 10 CÉNTS.

AÑO III.

MADRID, 2 DE FEBRERO DE 1908

NÚMERO 5



## EL RATON GRIS

CONTINUACIÓN

Rosalía miró ávidamente; la casita estaba oscura, no veía nada, y escuchó la vocecilla, que decía:

—Gracias, Rosalía, á ti te debo mi libertad.

La voz parecía venir del suelo; miró y vió en un rincón dos ojitos brillantes que la miraban con malicia.

—Mi astucia ha triunfado, Rosalía, *por haber cedido á la curiosidad*. Ahora, tu padre y tú estáis en mi poder.

Rosalía, sin comprender bien todavía la clase de desgracia que había causado con su desobediencia, adivinó que era un enemigo temible que su padre tenía cautivo, y quiso retirarse y cerrar la puerta.

—Alto aquí, Rosalía; no tienes poder para retenerme en esta odiosa prisión, de donde no hubiera salido jamás si tú llegas á cumplir los quince años.

En el mismo momento la casita desapareció; sólo la llave quedó en las manos de la pobre Rosalía, que se quedó consternada. Y vió cerca de sí un ratoncito gris que la miraba con sus pequeños ojos penetrantes, y que se echó á reír de una manera discordante.

Rosalía corrió á un lado de la casa; cada vez que se volvía veía á la ratita, que galopaba tras de ella, riéndose de una manera burlona.

—¡Espera, detestable animal!—gritó Rosalía llena de cólera.

Y cogió una escoba para darle un golpe violento al ratón, pero la escoba se le inflamó, quemándola las manos; la tiró al suelo y la puso el pie encima para que no prendiese fuego al pavimento. Entonces fué á buscar una olla que cocía al fuego, y se la tiró encima al ratón, pero el agua cociendo se convirtió en leche fresca; el ratón se puso á beberla, diciendo:

—¡Qué amable eres, Rosalía!, no contenta con haberme dado la libertad, me das un excelente desayuno.

La pobre Rosalía se echó á llorar amargamente; no sabía qué hacer, cuando sintió que entraba su padre.

—¡Mi padre!—dijo—¡mi padre! ¡Oh, ratón, por piedad, vete, que mi padre no te vea!

—No me iré, pero me estaré detrás de ti hasta que tu padre sepa tu desobediencia.

Apenas el ratoncito se fué á colocar detrás de Rosalía, entró Prudencio; miró á Rosalía, cuya palidez declaraba su espanto.

—Rosalía—dijo Prudencio con la voz temblorosa,—he olvidado la llave de la casita, ¿la has encontrado?

—Aquí está, padre mío—dijo Rosalía poniéndosela delante y sumamente encarnada.

—¿Qué es este líquido que hay vertido?

—Padre mío, ha sido el gato.

—¡Cómo! ¿El gato? ¿El gato ha ido á buscar á la cocina una jarra de leche para tomársela?

—No, padre mío, he sido yo que al traerla la he vertido.

Rosalía hablaba bajo y sin atreverse á mirar á su padre.

—Trae la escoba, Rosalía, para quitar esta leche.

—No hay escoba, padre mío.

—¿No hay escobas? Pues había una cuando yo me marché.

—Se me ha quemado, padre mío.

Rosalía se detuvo. Su padre la miró hñamente, dirigió una mirada

inquieta por todo el cuarto, suspiró y se fué lentamente á la casita del parque.

Rosalía se dejó caer en una silla sollozando; el ratón no se movió. Después de un instante, Prudencio entró precipitadamente, con la fisonomía llena de espanto.

—Rosalía, desgraciada criatura, ¿qué has hecho? Has cedido á tu fatal curiosidad y has libertado á nuestro más cruel enemigo.

—Padre mío, perdonadme, perdonadme—gritó Rosalía, echándose á sus pies;—ignoraba el mal que hacía.

—Es lo que sucede siempre que se desobedece, Rosalía; has creído que no hacías más que un pequeño daño, y lo has hecho muy grande á ti y á los demás.

—Pero padre mío, ¿quién es este ratón que os causa tanto miedo? ¿Cómo teniendo poder le habéis tenido prisionero, y por qué no podéis volverle á encerrar de nuevo?

—Este ratón, hija mía, es un hada perversa y poderosa. Yo soy el genio Prudencio, y puesto que has libertado á mi enemigo, puedo revelarte lo que no debías saber hasta que tuvieras quince años.

Tu madre no era más que una simple mortal; pero por sus virtudes y su belleza agradó tanto á la reina de las hadas y al rey de los genios, que me permitieron casarme con ella.

Di grandes fiestas por mi matrimonio; desgraciadamente me vi obligado á invitar á la hada Detestable, que se irritó al verme casar con una princesa después de haber rehusado una de sus hijas; me juró un odio implacable, así como á mi mujer y á mis hijos.

No hice caso de sus amenazas, porque yo tenía un poder casi igual al suyo; la reina de las hadas me quería mucho.

*Continuará.*



## FERNANDO EL CATOLICO

**N**ació D. Fernando en Sos (Zaragoza) el 10 de Mayo de 1452, y era hijo del rey de Aragón y de Navarra, D. Juan II. A la muerte de su hermano Carlos, príncipe de Viana, fué jurado en Calatayud heredero de la Co



RETRATO DE FERNANDO EL CATÓLICO

rona.  
Dió Fernando tempranas muestras de su ardor guerreero en la lucha de los catalanes contra su padre. En 1465 derrotó en Prats del Rey al infante don Pedro, jefe de los rebeldes, que había tomado el título de rey de Aragón y de Sicilia.

Dos años más tarde, auxiliando á su madre, obligó al duque de Calabria y de Lorena á levantar el sitio de Gerona.

Entabláronse negociaciones para su casamiento con la princesa Isabel; vino desde Aragón á Castilla, acompañado únicamente

de seis caballeros, caminando de noche y disfrazados de mercaderes para no caer en manos de los destacamentos que el marqués de Villena había apostado en la frontera, y corriendo graves peligros, llegaron á Dueñas. Se casó con la princesa Isabel en 1469, y en 1473 tuvo que marchar, á la cabeza de un cuerpo de Caballería castellana, en auxilio de su padre, sitiado en Perpiñán por las tropas de Luis XI de Francia.

Nuevamente tuvo que acudir en socorro de su padre en 1474, y cuando aún duraba esta lucha, falleció el rey de Castilla, Enrique IV, y fué proclamada reina la princesa Isabel. Estalló una guerra civil, sostenida por los partidarios de doña Juana la Beltraneja, y encontrábase Fernando en Trujillo cuando llegó la noticia de la muerte de su padre.

De esta suerte, por el matrimonio de Fernando é Isabel, vinieron

á unirse los reinos de Aragón y de Castilla. Esta feliz unión proporcionó á España uno de los más gloriosos períodos de su historia. Restablecióse la moralidad en las costumbres; se restauraron los fueros de la justicia contra las rapiñas y abusos que dominaban en el reino; acertaron á pacificar las enconadas discusiones de los grandes, que promovían frecuentes revueltas, y procuraron el progreso de las ciencias, atendiendo eficazmente á la cultura patria.

A los Católicos Reyes estaba también reservada la terminación de la guerra de Reconquista, emprendida por Pelayo en Covadonga y sostenida á través de los siglos. Los reyes moros se negaron á pagar sus tributos; el de Granada se apoderó por sorpresa de la fortaleza de Zahara, y tomando motivo de este ultraje, decidieron Fernando é Isabel emprender la lucha final de la Reconquista.

La guerra de Granada, comparada por sus heroicas hazañas á la de Troya, concluyó para siempre con el poderío musulmán en España.

Durante esta guerra, y estando los Reyes en el sitio de Málaga, se presentó un moro que pretendía hacerles importantes revelaciones. Mientras el Rey se despertaba, hicieronle entrar en la tienda inmediata, donde se hallaban D. Alvaro de Portugal y doña Beatriz Bobadilla, y el fanático moro, creyendo por el lujo de sus trajes que eran los Reyes, los acometió con un puñal. A esta equivocación debieron su salvación los Reyes. Al triunfo de Granada, que se logró en 1492, sucedió en el mismo año el acontecimiento importantísimo del descubrimiento del Nuevo Mundo por Cristóbal Colón.

Habiéndose apoderado el rey Carlos VIII de Francia del reino de Nápoles, comenzaron las guerras de Italia, en que brilló tanto el *Gran Capitán* Gonzalo Fernández de Córdoba.

En el año 1504 murió la reina Isabel, heredando el trono de Castilla doña Juana *la Loca*, bajo la regencia de su padre D. Fernando, y después de las discusiones con su yerno Felipe *el Hermoso*, se casó nuevamente y se retiró á sus Estados de Aragón. A la muerte de don Felipe se encargó nuevamente de la regencia. Después de una vida de grandísima actividad, consagrada á los cuidados de la política, enfermó y sólo apetecía la vida del campo, dedicándose á la caza.

Falleció en Madrigalejo (Cáceres) en 23 de Enero de 1516.



MONEDAS DEL REINADO DE FERNANDO EL CATÓLICO



## CÓMO SE EDUCÓ PILUCA

### IV

**A**quella noche me desperté muchas veces, porque me parecía que estaba sujeta al carro del niño, y que pesaba tanto... tanto... que no podía tirar de él, á pesar de que mi hermano mayor venía detrás pegándome con el látigo y gritando: «¡Arre, Piluca! ¡Arre, burra!» Por fin dormí un rato largo; pero entonces soñé que tenía delante una mesa muy bonita, y que mi ama seca, siempre llorando, me daba de comer paja, mucha paja, muchísima paja.

Cuando me entraron por la mañana el chocolate tuve un poco de miedo, porque creí que en vez de bizcochos iban á poner en el plato la paja y la hierba que me había dicho papá.

Nada, nada; eso no podía continuar. En cuanto me volviesen á decir lo de la profesora ó el colegio, estaba yo resuelta á decir que sí; después de todo, por mucho trabajo que cueste ir al colegio, más debe costar tirar de un carro... Además... además les diré á ustedes otra cosa, si no se lo cuentan á nadie. Yo me he decidido á ser buena y ya no quiero que me llamen terca; pero eso del colegio tiene muchos arreglos. Unos días diré que me duele la cabeza, otros que me duelen los pies, otros días lloraré, y si no tengo ganas de llorar, me meteré un dedo en un ojo. Mamá no ha de ser tan mala que me haga salir así á la calle. En cambio, como lo del carro es un castigo con látigo y todo, no tendré más remedio que hacerlo siempre, y si lloro, no se sabrá si me duele algo, ó si me ha hecho daño el látigo, ó si tengo miedo. Nada, que me decidí á ser buena niña, y me levanté dispuesta á todo...

¿Pues lo querrán ustedes creer? Así han pasado unos días y nadie

me dice nada; papá no me mira, mamá no me da besos, mis hermanas no me hablan, y todos están muy serios, como si les pasara algo. ¿Esto es muy raro, verdad? Eso creo yo, y ya no estoy contenta. El caso es que me llevan á paseo todos los días y no me divierto ni tanto así; que juego con el aro, y la comba, y el balón, y tampoco me río; que he hecho tres chichones con el *diábolo* á unas señoras en paseo y tampoco me hizo gracia; antes, cuando jugaba al *diábolo*, pues era atroz de divertido... se rompía una figurita en casa... ¡ja, ja, ja!; me tiraba el carrete encima y echaba sangre por las narices... me reía. ¡Y no digo nada si le daba á alguno de los que pasan por la calle! ¡Eso sí que era bonito! Y ya veís, el otro día hice tres chichones, como ya les he dicho, y ni siquiera me rei á carcajadas; y es que me parece que todos en casa están raros conmigo; yo quisiera que me volviesen á decir que quieren que estudie; yo pondría otra vez el hociquito enfurruñado, como dice mamá; ellos volverían á rogarme, yo volvería á decir que no; ellos me ofrecerían, si obedecía, alguna muñeca bonita, porque ya he dicho que ahora no tengo ninguna; entonces yo lloraría un poquito, diría que si, además de la muñeca, me compraban otras cosas, y muchos dulces, y me regalaban la cajita en que papá guarda los caramelos, que bueno, que yo estudiaría, aunque sin ir al colegio, prefiero la institutriz. Así se arreglarían muy bien las cosas; pues no, señor; nadie me ha vuelto á decir nada, y en cambio parece que á todos les duele algo con esas caras tan tristes que tienen. Y yo no tengo la culpa, no y no; ninguna niña hubiera dicho que sí á la primera vez. Voy estando bastante rabiosa. ¿Por qué no me dicen las cosas otra vez, señor? ¿Qué quieren? ¡Puede que todavía pretendan que sea yo la que les pida la institutriz!

MARÍA A. OSSORIO Y GALLARDO





### LA SILLA DE FELIPE II, CUADRO DE LUIS ALVAREZ

Desde que en la batalla de San Quintín ofreció el rey Felipe II dedicar un suntuoso templo á San Lorenzo, cuya fiesta celebraba la Iglesia el día de aquella victoria, se ocupó con el mayor interés en la realización de aquella grandiosa fábrica. Encomendó sus planos al arquitecto Juan Bautista de Toledo, y al fallecimiento de éste, á Juan



de Herrera. Durante las obras gustaba el Rey de contemplar sus progresos desde un enorme peñasco que se encuentra al S. O. de El Escorial. En dicho peñasco se ven, abiertos á pico, cinco asientos, en los que es tradición que se colocaban el Rey y su acompañamiento, por lo cual se conoce aquel lugar con el nombre de silla de Felipe II.



## EL OPOSSUM

**E**n cuanto amaneció, Hidalgo, el buen labriego mejicano, se dirigió á la corraliza de su granja y vió muertas dos de sus más hermosas gallinas.



—Nada—murmuró,—ha llegado la primavera, y el *opossum* viene á visitarnos como todos los años. Será, pues, preciso que nos veamos esta noche...

Hacia ya varios días que notaba en su corral continuos estragos. El maldito bicho le había matado ya tres ó cuatro palomas y dos gallinas para chuparles la sangre, y de no atajarle en sus fechorías, acabaría en plazo brevísimo con todas sus domésticas aves. Así es que aquella misma noche, armado Hidalgo de una tranca y llevando dentro de un cántaro una antorcha encendida, se escondió junto al gallinero, en espera de su enemigo. Serían pasadas tres horas, cuando percibió un ruido extraño, y, dirigiendo la vista hacia donde lo sintiera, vió sobre la frontera tapia un bulto de líneas indecisas, grande como un gato, que, haciendo escalera de unos maderos, debajo de él colocados, descendió al corral. Apenas tocó el suelo, se enderezó sobre sus patas traseras y revolvió la cabeza en todas direcciones, agachándose luego y empezando á andar hacia el gallinero. Sus pasos eran lentos y cautelosos como de traidor, y su largo y puntiagudo hocico rozaba el suelo, olfateando todos los objetos. Cuando hubo llegado junto á las gallinas, Hidalgo se lanzó sobre él, asestándole la refulgente luz de la antorcha.

El animal, ante el súbito resplandor, se replegó sobre sí mismo; sus pupilas, dolorosamente afectadas, se contrajeron, y de todo su cuerpo se apoderó un temblor convulsivo y espasmódico. El labriego enarboló la tranca, y una lluvia de golpes cayó sobre él. Quiso éste hacerse el muerto, recurso en él muy usual; pero en vano, pues cuando Hidalgo detuvo el girar de su brazo, tan difunto estaba el *opossum* como Adán.

—Así—exclamó el labriego,—así debían morir todos los seres dañinos.

Y las palomas y gallinas, que durante toda la anterior escena, espantadas por el resplandor de la antorcha y por el estrépito de los golpes, no habían hecho más que escandalizar con sus arrullos y cacareos, tornaron á su silencio, tranquilas ya con la muerte de su enemigo...

Al otro día, los primeros rayos del sol besaron amorosamente el cadáver del mísero *opossum*. Su basto pelaje, de un blanco sucio, amarillento y parduzco, aparecía erizado y descompuesto; sus cortas piernas, sobre las que estaba caído, mostraban en su rígida tirantez la crispación de la agonía, y sus abiertos ojos tenían el apagado brillo de un cristal esmerilado. Ya no correría por los bosques; ya no guardaría á sus hijuelos en su bolsa de marsupial; ya no se asiría con su cola prensil á las ramas de los árboles; ya no hundiría su hocico en la carne de sus víctimas para chupar su caliente sangre... Sobre su piel, que convenientemente adobada habría de ser lujoso atavío de algún tocado femenino, empezaban á posarse las moscas...

JOSÉ A. LUENGO





## LA PRUDENCIA

En una intrincada selva,  
entre peñas y entre matas,  
una pareja de tigres  
tranquilamente moraba.  
Cuando tenía apetito  
se dedicaba á la caza,  
y pronto se proveía  
de unas cuantas alimañas;  
y como eran los más fuertes,  
no existía en la comarca  
anima! chico ni grande  
que no temiera sus garras.  
Por esta razón vivían  
una vida scsegada,  
satisfechos de sí mismos  
y llenos de petulancia.  
Cerca de su madriguera  
había una verde charca,  
en cuya orilla vivía  
una humildísima rana,  
la cual era, como suelen  
ser todas las de su casta,  
tímida, y al más pequeño  
ruido se arrojaba al agua.  
Los tigres, que la veían


muchas veces asustada,  
las más de ellas sin motivo  
fundado para su alarma.  
solían burlarse de ella,  
y á menudo la asustaban  
con noticias de peligros,  
por verla huir asustada.  
Tomaban el sol tranquilos  
una espléndida mañana  
los dos tigres valerosos  
y la asustadiza rana,  
cuando resonó á lo lejos  
un ladrido, y, espantada,  
la rana saltó en seguida  
y se zambulló en la charca.  
—¡Pues no se asusta de un perro!—  
dijo el tigre con cachaza.—  
¡Que se acerque si se atreve,  
y verá lo que le pasa!  
Pero detrás del ladrido  
sonaron trompas de caza,  
y los tigres se encontraron  
con una lluvia de balas,  
y admiraron desde entonces  
la prudencia de la rana.

C.



## EL PAN

**Q**ué novedad! ¡Pues no va este señor á hablarnos del pan!  
Así seguramente dirán mis lectores al leer el título de este articulejo.

 Todos ellos, claro está, saben qué cosa es el pan; hasta puedo asegurar que lo comen con fruición, ya tostado y con una espesa capa de manteca, sirviendo de materia *empapante* al café con leche matutino; ya como obligado compañero de los alimentos más sólidos de las comidas; bien á la hora de la merienda, untado de esa miel blanca, compacta y oliendo á azahares elaborada por las abejas de los campos sevillanos, ó quizás seco y solo, cuando se vislumbra lejana la hora del almuerzo ó de la cena.

La excelente opinión que, de seguro, el pan merece á mis lectores, se debe no sólo á las noticias que su paladar les suministra, sino también al aprecio en que la humanidad lo tiene, demostrado en frases como: «Fulano es más bueno que el pan» ó «Fulano es un pedazo de pan», con cuya afirmación queda palmaria la hombría de bien de Fulano, y evidenciado de una manera categórica el concepto sobresaliente que tenemos de ese manjar.

Los hombres vienen empleando el pan para su alimento desde tiempos muy remotos. Se han encontrado restos en los sepulcros donde los egipcios enterraban sus muertos, y al descubrir una momia hanse visto vestigios de pan que el afecto destinó á remediar las hambres que pudiera el difunto pasar en la otra vida.

Los hebreos también lo usaron, y buena prueba es que de ello se habla en las Sagradas Escrituras, que explican el modo como lo fabricaban, ó sea, poniendo la pasta sobre el hogar y cubriéndola de ce-

niza caliente hasta que la cocción fuera completa. Más adelante perfeccionaron la fabricación haciendo hornos portátiles. El pan que los hebreos hacían era de forma plana, delgado, á guisa de galleta.

En Roma hacíanlo las mujeres y lo cocían en el hogar ó en hornos que tenía cada casa. Se han encontrado panes enteros en las excavaciones de Herculano y Pompeya, y eran planos, divididos en cuatro ú ocho partes por incisiones muy marcadas.

Al extender los romanos su dominación y su poder por Europa, llevaron consigo el uso del pan, y tanto en las Galias como en Iberia llegó á fabricarse con tal esmero, que mereció los elogios de Plinio.

Los principios en que descansa la panificación, ó sea la manera de hacer el pan, no han variado desde su origen.

Para elaborarlo se mezcla la harina con una cantidad de agua para disolver las materias solubles que aquella encierra, tales como la dextrina, la glucosa y las sales, y para que adquieran mayor volumen las otras que, como el almidón y el gluten, son insolubles.

Amasando el agua y la harina, se obtiene una pasta homogénea, á la que se añade sal y cierta cantidad de fermento alcohólico ó levadura.

Ese fermento puede ser de levadura de pasta, obtenida guardando siete ú ocho horas—en sitio cuya temperatura sea constante y donde nada pueda impedir su fermentación—una porción de la pasta amasada, ó de levadura de cerveza, que se añade á la pasta para que fermente.

Sea cualquiera la levadura que se emplee, al añadirla á la pasta húmeda y templada, encuentra el azúcar que contiene, y mezclándose con ella produce alcohol y gas anhídrido-carbónico. Ese gas, no pudiendo escapar, hincha y levanta interiormente la pasta (de ahí el nombre de levadura); una vez *levantada* la pasta, se cuece en el horno, eliminando así el agua sobrante, y queda hecho el pan.

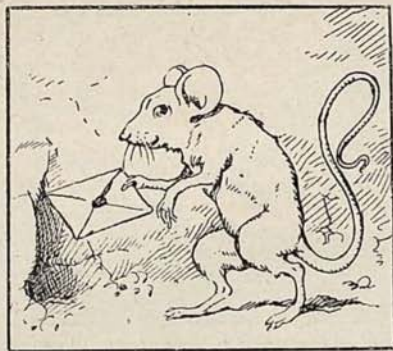
La harina empleada puede ser la de trigo (la más usual), y entonces se obtiene el pan blanco ó candeal, el más fino y preferido; puede ser la de centeno ó la de maíz, como acontece en las provincias del Norte, y al pan producido por esta última harina se le llama *borona*.

Pero la materia es larga, corto el espacio de que dispongo, y quédese para otro día el hablar del trigo, elemento indispensable para la vida, supuesto que es el principio ó base para hacer el pan.

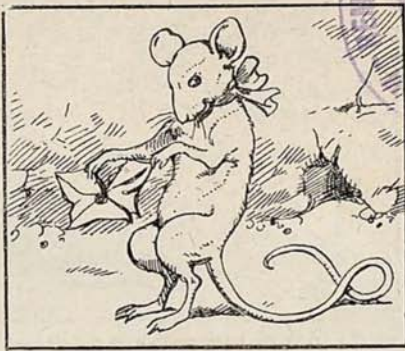
J A ANTÓN



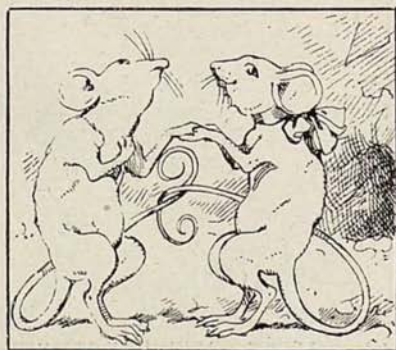
## TRAGEDIA DE AMOR



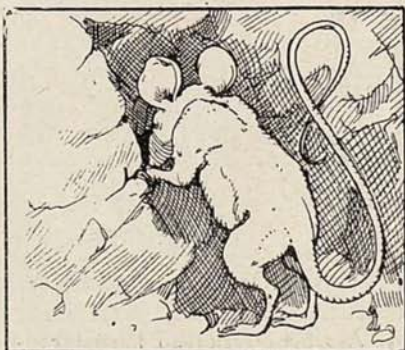
1. Cierta ratoncillo, enamorado locamente de una ratoncita desdenosa, la escribía apasionadas cartas.



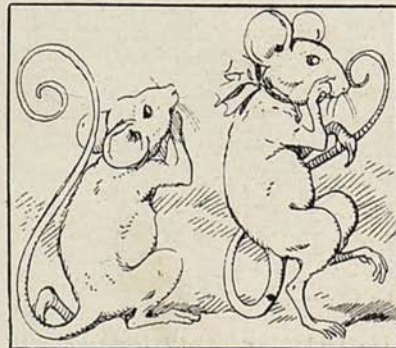
2. Ella las hacía pedazos sin abrir las siquiera, para mayor escarnio del enamorado infeliz.



3. Aquel cruel desvío era porque ella amaba con locura á otro apuesto ratón, y con él pasaba horas venturosas.



4. El despreciado amante vió una de estas escenas, y se convenció de que son el mayor monstruo los celos.



5. Decidió, por última vez, pintarle su amor con los más apasionados tonos, que ella oyó despreciativa.



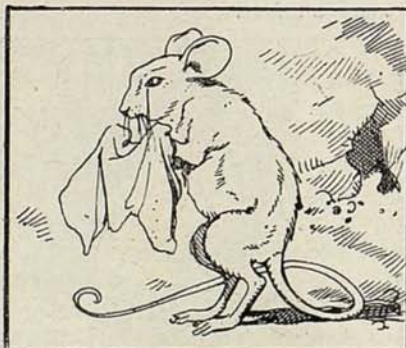
6. Desesperado, escribió un anónimo á un gato vecino, diciéndole la hora en que el galán irá á la cita



7. Leyó la carta el gato con deleite, y decidió acudir al sitio señalado para tomar un tinte en pie.



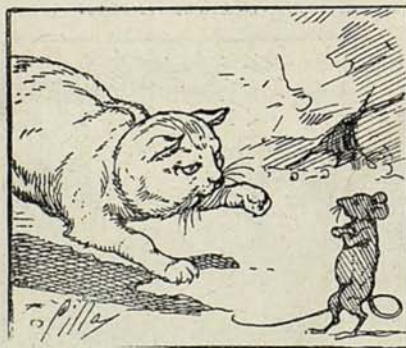
8. Llegó con tanta oportunidad, que atrapó a la enamorada pareja y se dió un verdadero banquete.



9. Al saber el resultado lloró sin consuelo, pues había perdido el rival, pero también la niña de sus amores.



10. No pudiendo resistir su pena y sus remordimientos, decide morir y vengarse del gato, y se envenena.



11. Fue en busca del gato infame que le robó la dicha, y le esperó lleno de heroico valor.



12. El veneno hizo su efecto, y el gato cruel y glotón reventó como una bomba, ¡¡justo castigo á su perversidad!